



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 8, Núm. 2, pp. 522-539 - ISSN 2027-5528

La guerra de Castas en *Península, Península*, de Hernán Lara Zavala: el diálogo entre el discurso literario y el histórico

The Caste War in Hernán Lara Zavala's *Península, península*: the dialogue between the literary and the historical discourse

Alma Alicia Piña Laynes

Universidad Autónoma de Campeche
orcid.org/0000-0001-7229-2995

Recibido: 1 de octubre de 2017

Aceptado: 1 de noviembre de 2017



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

La guerra de Castas en *Península, Península*, de Hernán Lara Zavala: el diálogo entre el discurso literario y el histórico

Alma Alicia Piña Laynes
Universidad Autónoma de Campeche

Licenciada en Humanidades con Especialidad en Literatura por la Universidad Autónoma de Campeche, estudió maestría en Letras (Literatura Española), Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, y tiene una Especialidad en la Enseñanza de la Literatura. Actualmente es profesora investigadora en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Campeche y forma parte del Cuerpo Académico Problemas de Teorías del Lenguaje, Historiografía y Exégesis del Discurso Literario.

Correo electrónico: almapina@uacam.mx

ORCID ID: orcid.org/0000-0001-7229-2995

Resumen

Mucho se ha polemizado acerca de las diferencias entre el discurso histórico y el literario las cuales han intentado establecerse desde el campo de la historia y desde la literatura. Sin embargo en los últimos tiempos, sobre todo desde la filosofía de la historia, se han tratado de señalar las coincidencias entre los dos discursos. En este sentido intento analizar el diálogo que se da entre el discurso literario y el histórico en la novela *Península, península* (2008) de Hernán Lara Zavala; sigo la línea de la convergencia de los dos discursos en el mismo espacio discursivo y su complementariedad en la construcción de un nuevo relato que resulte emblemático o significativo como lugar de memoria histórica.

Palabras clave: Discurso histórico, discurso literario, novela histórica, memoria.

The Caste War in Hernán Lara Zavala's *Península, península*: the dialogue between the literary and the historical discourse

Abstract

Differences between the historical and the literary discourse have stirred great controversy, with each discipline emphasizing these distinctions from their own perspective. However, recent attempts have been made –particularly from the Philosophy of History– to direct attention to the areas of intersection between these two discourses. In line with this perspective, I present here a proposal to analyze the dialogue between the literary and the historical discourse in Hernán Lara Zavala's novel *Península, península* (2008). I claim that these two discourses converge in the same discursive space; furthermore, I also claim that they complement each other in the construction of a new story, a story emblematic or meaningful as a cache of historical memory.

Keywords: Historical discourse, literary discourse, historical novel, memory.

Introducción

“Si toda novela es referencia de un ya sabido o ya acontecido, la novela histórica es la novela por excelencia puesto que el saber histórico es el modo más pleno y total del saber, porque es reconstitución, añadidura, completamiento” (Jitrik, 1995, p. 16).

En el presente trabajo pretendo analizar el diálogo que se da entre el discurso literario y el historiográfico en la novela histórica *Península, península* (2008) de Hernán Lara Zavala; intento abonar en la línea de la convergencia de los dos en el mismo espacio discursivo, analizar cómo se complementan para construir un nuevo relato que resulte

emblemático o significativo como lugar de memoria histórica; pretendo demostrar que la novela no se presenta como una narrativa hegemónica o con verdades relativas establecidas, sino como un relato del que los lectores pueden sacar sus propias conclusiones. Mucho se ha polemizado acerca de las diferencias entre el discurso histórico y el literario que han intentado establecerse desde el campo de la historia y desde la literatura¹. Sin embargo, en los últimos tiempos, sobre todo desde la filosofía de la historia, se han tratado de señalar las coincidencias entre los dos discursos, pues al parecer tienen más elementos en común que diferencias.

Si atendemos a la discusión sobre las diferencias entre la historia y la literatura diríamos que el concepto de novela histórica es en sí mismo una contradicción, porque mientras uno busca la “verdad” el otro está de lado de la mentira (Jitrikk, 1995, p. 11): verdad-ficción, un oxímoron. Sin embargo, pensadores e intelectuales en las últimas décadas están aceptando que los dos discursos comparten más rasgos en común que los que los diferencian.

El filósofo e historiador estadounidense Hayden White (2003) y el francés Paul Ricoeur (1999), por ejemplo, plantean que la historia y la literatura comparten el carácter narrativo, es decir, su principal convergencia se encuentra en la narratividad que los estructura. En cuanto a las narrativas históricas, Hayden White manifiesta que son: “ficciones verbales cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados* y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias.” (2003, p.109) En otro momento explica que ni la narrativa histórica ni la literatura *reflejan* el mundo real: “Correctamente entendidas, las historias nunca deben ser leídas como signos no ambiguos de los acontecimientos de los que dan cuenta, sino más bien como estructuras simbólicas, metáforas extendidas, que «asemejan» los acontecimientos relatados en ellas con alguna forma con la que ya nos hemos familiarizado en nuestra cultura literaria. (2003, p.125)

¹ Se puede decir que desde Aristóteles existe esta polémica con su muy conocido planteamiento de que el historiador relata los acontecimientos tal como sucedieron mientras que el poeta los relata como debieron haber sucedido. Aristóteles. *Poética*.

En su libro *Metahistoria* (1992) White analiza el discurso histórico y plantea que en la representación de los acontecimientos el historiador echa mano de recursos formales que le permiten “tramar” su relato, el cual por el grado de subjetividad en la selección de los hechos que son incluidos y excluidos, así como por la explicación e interpretación de los mismos, el relato deriva en una ficción verbal, en un “artefacto literario”. No obstante, en esta misma obra el autor aclara que aun cuando las fronteras entre el discurso histórico y literario se difuminan, no desaparecen del todo. “A diferencia de las ficciones literarias, como la novela, las obras históricas están hechas de hechos que existen fuera de la conciencia del escritor.” (199, p. 17). Pero en el caso de las novelas históricas tendríamos que considerar que en gran medida está compuesta de hechos sucedidos “fuera de la conciencia del escritor”, es decir, hechos que el autor no “inventa” pero que los va tramando en una tela de ficción que además, al igual que las representaciones históricas, se “asemeja” a la realidad.

En este orden, considero necesario presentar los “hechos reales”, históricos, que dan materia a la novela de Hernán Lara Zavala.

El proceso histórico

Alrededor de la década de los setenta surge entre los escritores de América Latina la necesidad de reescribir la historia oficial; temas como el descubrimiento de América, la Conquista o ciertos periodos de la historia intentan recuperar la memoria colectiva de los pueblos latinoamericanos. La literatura se convierte en el vehículo idóneo para la rescritura y la deconstrucción de personajes icónicos, los cuales pasan de la monumentalidad impasible a una humanidad que permite interpretar de manera diferente el relato histórico oficial.²

² Varios autores hablan de la función deslegitimadora de la nueva novela histórica que desacraliza a los personajes históricos y los presenta en su más profunda humanidad, con sus virtudes pero sobre todo con sus defectos. V. Aínsa, Fernando (1994); Seymour (1993); Pons, María Cristina (1996).

Hernán Lara Zavala se une al grupo de escritores mexicanos que en las últimas décadas se han preocupado por recrear un pasaje doloroso de la historia de Yucatán poco conocido en la historia de México: la guerra de Castas. Su novela, *Península, Península* (2008), premio Alfaguara 2010, se suma al grupo de novelas escritas en torno a este tema tales como *Ascención Tun* (1980), de Silvia Molina; *La rebelión de los cruzoob* (1997), de Miguel Ángel Suárez Caamal, y *El llamado de los Tunk'ules* (2011), de Marisol Ceh Moo.

Península, Península recrea este periodo sangriento de la historia de la península de Yucatán que hoy está conformada por tres estados, Campeche, Yucatán y Quintana Roo. La guerra de Castas (1848) fue un proceso durante el cual los indígenas mayas se rebelaron en contra del poder de la clase dominante (blancos: criollos y mestizos).

En 1847 México se debatía entre luchas externas e internas; por un lado la intervención estadounidense y la pérdida de gran parte del territorio nacional; por otra, la independencia de la península de Yucatán de la república mexicana por no aceptar la administración centralista del poder. Debido a la falta de hombres para combatir a los centralistas, los federalistas al mando de Santiago Imán habilitaron como soldados a los indígenas mayas quienes recibieron, por primera vez, armas y adiestramiento para pelear una guerra que no era la de ellos. Lograda la independencia de Yucatán se pretendió desarmar de nuevo a los indígenas, pero en estos ya había surgido el anhelo de libertad; el deseo de exterminar a quienes los dominaban, así como la decisión de terminar con las injusticias como las contribuciones personales a la Iglesia, los excesivos cargos por derechos religiosos como bautismos, bodas, entre otras obligaciones tributarias al poder representado por los blancos que los mantenían en condiciones de esclavitud. Así, en 1948 los indígenas empezaron a arrasar con los pueblos y su población blanca, logrando casi el exterminio. Dicho sea de paso, considero que el nombre que se le ha dado a este conflicto es inadecuado pues no existían castas, por lo que esta guerra más bien fue un conflicto racial. Pero dejemos esto para otro trabajo.

Este es el referente de la novela de Lara Zavala³, quien presta su voz al autor implícito que a su vez, con un tono pedagógico, ubica al lector en el tiempo y en el espacio en que los hechos serán referidos: “Nuestra historia se remonta a 1847, cuando la Península de Yucatán...” (Lara, 2008, p.12) Digamos que empieza la transformación de los hechos de ser referentes a ser referidos, de acuerdo con Jitrik (1995), mediante el artificio literario.

El diálogo interdiscursivo

Hernán Lara construye su relato principalmente desde dos voces narrativas: el novelista contemporáneo (autor implícito) y el decimonónico (José Turrisa); el primero situado en el presente y el segundo situado en el pasado, de modo que la temporalidad en la novela se vuelve compleja porque se entretajan las líneas temporales del presente y del pasado.

Existe el presente del novelista contemporáneo, ese que apela cervantinamente al lector: “Lector suave y carísimo, discreto y prudente, sé tolerante con estas pobres musas que han osado sentarse en mi regazo.” (Lara, 2008, p.10) Para inmediatamente ubicarlo en el aquí y en el ahora: “Pero lástima, ya nadie se acuerda de las musas y algún desconfiado lector estará mostrando escepticismo por el tono con el que he decidido empezar esta novela.” (p.10) Por otra parte está el presente del novelista decimonónico: “El novelista se concentra en lo vivido años atrás y surge la primera escena.” (p.12)

Desde esta marca de historicidad –la relación presente-pasado- se puede distinguir el inicio del diálogo entre el discurso histórico y el literario no solo por el referente sino por

³ Resulta significativo que sea un escritor nacido en la ciudad de México, en el centro del país, quien aborde un proceso histórico considerado regional debido a la perspectiva centralista tanto de la historia como de la literatura que aún impera en nuestro país. Pero ya en otras obras el escritor ha demostrado su interés por la historia y la cultura de la península yucateca, su libro de cuentos *De Zitelchén* (1981); la novela *Charras* (1990); el libro de viajes *Viaje al corazón de la península* (1998), son textos que dan cuenta de su interés por la península de Yucatán. Esto se explica en gran parte porque los padres del narrador son oriundos de la península (padre yucateco y madre campechana), de lo cual se desprende la necesidad de recuperar las raíces que le dan identidad y sentido de pertenencia a una región y a una cultura.

las continuas reflexiones metadiscursivas acerca de la historia, de la sociedad y del proceso de creación que realiza el autor implícito.

Cada vez que José Turrisa va a narrar un episodio de “su” novela, el novelista contemporáneo inserta una reflexión irónica, crítica, a manera de introducción, desde el presente: “Claro que nos interesan los pobres, los indios y los derechos humanos; por algo tenemos servidumbre, ¿no? [...] El conde Tolstoy decía que el anhelo de posesión entraña el uso de siervos, lo que hace patente la existencia de los pobres. Observaciones como esta pueden sonar hoy a moralina. Pero si acaso deseamos atisbar al futuro indudablemente hay que mirar hacia el pasado.” (Lara, 2008, p.33) Esto es, reflexionar sobre nuestro espacio de experiencia para intentar configurar un horizonte de expectativas. Experiencia y expectativa, recuerdo y esperanza, son categorías históricas que “constituyen a la vez la historia y su conocimiento y, por cierto, lo hacen mostrando y elaborando la relación interna entre el pasado y el futuro antes, hoy o mañana.” (Koselleck, 1993, p. 335).

Mencioné con anterioridad que el tiempo en la novela de Lara Zavala era una categoría compleja por las líneas que se entrecruzan. Koselleck nos ayuda a explicar esta complejidad temporal: se trata del tiempo histórico tematizado de manera simbólica en el espacio discursivo del texto literario. Ese tiempo histórico en el que se entrecruzan pasado y futuro, el teórico lo explica de la siguiente manera: “la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. [...] la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir.” (1993, p. 336) El tiempo histórico deja su referencialidad al incorporarse al universo ficcional y adquiere su carácter simbólico.

Al mismo tiempo que en la novela dialogan el discurso literario y el histórico, se da un diálogo entre la tradición literaria e histórica del siglo XIX con el presente. De acuerdo con Tatiana Suárez (2013), el pasado que se reabsorbe en *Península* es la memoria histórica y la tradición literaria del siglo XIX en un texto del siglo XXI. En cuanto a la tradición literaria en la novela se tematizan los rasgos que identifican a la novela histórica decimonónica, pero que a la vez se cuestionan. En este sentido, es inevitable entrar en la

discusión de la novela histórica y la nueva novela histórica.

La novela histórica trata temas del pasado en la que el autor recrea una realidad muy semejante a la que presenta la historia. En este sentido, la *verdad histórica* tan pretendida por la historia “cientificista” del siglo XIX correspondería a la *exactitud histórica* que perseguía la novela decimonónica. José Turrisa, como correspondía a su presente (S. XIX) decide apegarse a esta máxima de la novela histórica: “El novelista no quería dejar de lado su belleza para presentarla ante los lectores, y aunque podía recurrir a modelos de otras novelas se decidió por lo que él llamaba “la exactitud histórica” y así determinó que Lorenza se tendría que apegar a como era cuando él la vio en el baile [...]” (Lara, 2008, p. 15).

Fiel a esa pretensión de exactitud histórica, en la obra del novelista se van incorporando a la ficción los personajes tomados de la historia, en gran parte con sus nombres y apellidos. En ocasiones la novela toma forma de texto histórico como cuando Santiago Méndez⁴ en tono pedagógico expone el pasado para explicar el presente de la sociedad yucateca:

“Empezó aludiendo a la revuelta de 1839, cuando Santiago Imán, militar defensor del federalismo, se levantó en armas para combatir el centralismo, acción que culminó en 1840 con la separación, por primera vez, de Yucatán del resto de la República Mexicana. El general Santa-Anna reaccionó enviando sus tropas con intención de ocupar el estado pero fue vencido en 1842 y rechazado gracias a que la población maya apoyó a los blancos en la campaña militar y se le prometió, como recompensa por su participación, exacciones civiles, militares y religiosas, así como tierras para cultivar. Con el triunfo de la revolución, los federalistas yucatecos se declararon independientes del gobierno de la Unión en tanto el centro no volviese al régimen federal. En 1843, luego de derrotar al ejército de Santa-Anna en Tixpehual, llegaron a nuevo acuerdo para reincorporar el estado de Yucatán al resto de la república. Pero en 1845 surge otra

⁴ Santiago Méndez y Miguel Barbachano fueron dos personajes políticos que se alternaron en el gobierno de la península de Yucatán, y entre cuyos partidos políticos hubo siempre diferencias y pugnas por el poder; pero juntos enfrentaron las imposiciones centralistas de Antonio López de Santa Ana y lucharon por la independencia de Yucatán de la república mexicana, lo cual sucedió por segunda vez en 1845 (la primera fue en 1840).

revuelta, ahora encabezada por Miguel Barbachano, para proclamar una nueva separación que reiniciara las guerras intestinas entre Mérida y Campeche” (Lara, 2008, pp. 39-40).

Esta técnica narrativa refleja como en un juego de espejos la narrativa histórica en su afán de presentar de manera objetiva la verdad histórica, un artificio que destaca el diálogo entre el discurso literario y el histórico, así como el diálogo con la tradición literaria, esta última cuestionada por el propio autor implícito:

“¿Nos encontramos ante una novela histórica? No estaría tan seguro. Dudo que el adjetivo “histórico” logre superar al sustantivo “novela”. ¿Cómo escribir una novela basada en hechos reales del siglo XIX sin rendirse a las convenciones de la novela decimonónica? ¿Cómo resolver el conflicto, si acaso existe, entre ficción e historia? El novelista solía recordar que el viejo Aristóteles argüía que la historia se encarga de narrar los sucesos tal y como sucedieron mientras que la literatura los cuenta como pudieron o debieron haber sido. Esto nos coloca en una encrucijada ya que, por un lado, el novelista desea serle fiel a aquello que ocurrió pero, por otro, desea también utilizar la libertad que le concede la novela para que dicte los hechos” (Lara, 2008, p. 79).

Surgen aquí dos categorías: fidelidad y libertad respecto de los hechos reales que conforman la materia tanto del discurso histórico como del literario. De este modo no solo se dialoga en el espacio discursivo ficcional sino en el metaficcional, en la reflexión del proceso creador y recreador del texto literario. El conflicto planteado en la cita anterior intenta resolverlo Lara Zavala conservando sus dos intenciones: por un lado la exactitud histórica (fidelidad a aquello que ocurrió) y por otro la libertad de elección de posibilidades de contar la historia que ofrece el género de la novela.

Península saca un pie del canon de la novela histórica decimonónica (perdóneseme la imagen) al abandonar el relato en torno a un personaje histórico como protagonista (el hombre representativo de acuerdo con Jitrick (1995)). Esto vendría a ubicar a la obra de Lara Zavala dentro del género de la nueva novela histórica, pues los acontecimientos no

son narrados desde la óptica de los personajes principales del conflicto bélico, sino desde los periféricos que además son ficticios (a excepción de José Turrisa, quien es el personaje histórico de Justo Sierra O'reilly ficcionalizado con el anagrama que utilizaba como seudónimo en sus escritos⁵.

“Montore jamás había presenciado un ahorcamiento. Así que después de la siesta decidió caminar hacia la plaza del barrio de Santa Ana con una sensación encontrada de curiosidad y horror. Ya había averiguado que el condenado era uno de los caciques mayas de la región, que respondía al nombre de Manuel Antonio Ay. El juez de Valladolid lo sentenció a muerte al descubrir una carta dirigida a él de un tal Cecilio Chí en la que intentaban ponerse de acuerdo para atacar alguna población blanca cercana a Valladolid” (Lara, 2008, p. 85).

Manuel Antonio Ay, Cecilio Chí, Jacinto Pat son los caciques líderes que iniciaron la rebelión maya. La imaginación literaria hace eco de la imaginación histórica en la supuesta carta que le encontraron al primero y por lo cual fue condenado como escarmiento a los otros rebeldes.

A través de los personajes ficticios, periféricos, se van recreando los acontecimientos históricos, a través del artificio se va tramando el relato histórico-literario. Pero no solo se van representando o recreando los acontecimientos, sino que se van explicando remontándose a un tiempo más antiguo, como cuando la señorita Bell, una institutriz inglesa, intenta entender la sociedad en la que se estableció a través de la historia: “4 de abril de 1847. Ahora que vivo aquí aprovecho mis ratos libres para documentarme sobre la cultura maya.” A partir de aquí el personaje ficticio nos remonta al tiempo de la Conquista para concluir que:

“Los capitanes españoles no podían consentir que sus soldados levaran anclas por el

⁵ Justo Sierra O'reilly (1814-1861). Escritor, novelista, historiador y jurisconsulto que tuvo una participación política en los intentos del gobierno de Méndez por terminar con la rebelión maya.

hecho de no encontrar tesoros en las tierras recién descubiertas. Tenían que quedarse y sacar ventaja de sus conquistas a como diera lugar. Montejo, que había comprometido a muchos jóvenes aventureros y soldados viejos expertos en el saqueo y la usurpación con buena recompensa, se aferró a lo que pudieran encontrar en la Península de Yucatán para sentar sus mientes. La decisión fue fácil: este lugar sin oro ni plata les ofrecía tierras e indios. *De ahí la pugna ancestral entre la raza conquistadora y la conquistada, también la distinción entre vasallos y señores*” (Lara, 2008, p. 109, las cursivas son mías).

De este modo el texto literario va interpretando y de manera simbólica va explicando el saber histórico. En este orden, la historia no se representa en el discurso literario de manera lineal, sino que la narración se va construyendo mediante la yuxtaposición de planos temporales y de la multiplicidad de perspectivas. En el universo ficcional la novela de José Turriza fue quemada y el novelista contemporáneo se da a la tarea de describirla:

“Al novelista le quemaron su obra y yo me arrogué la temeraria responsabilidad de reconstruirla más de ciento cincuenta años después. Pero ¡lástima!, ninguna novela, de ningún autor, puede convertirse en mera reproducción de otra y ni siquiera un pastiche o un palimpsesto podrían hacerle justicia al original” (Lara, 2008, p. 363).

Este juicio podríamos aplicarlo al discurso histórico también. En cada rescritura de la historia resulta otra historia, el horizonte de enunciación de cada historiador y de cada escritor nos brindará otras explicaciones y otras interpretaciones de los acontecimientos, por lo tanto ofrecerán otra verdad, lo cual nos lleva a concluir que no existe una verdad sino verdades históricas.

La función de la memoria

En los últimos tiempos el concepto de memoria histórica ha tenido una gran repercusión en la realidad latinoamericana y particularmente en la nueva novela histórica. Los relatos históricos incompletos de la historia oficial que de alguna manera niegan la memoria individual y colectiva de los pueblos y en su lugar construye el relato del hombre representativo, han sido puestos bajo la lupa crítica de la nueva novela histórica latinoamericana que se ha caracterizado, de acuerdo con Aínsa (1994), por un marcado revisionismo histórico.

Pero, ¿qué es la memoria histórica?, ¿existe *una sola* memoria histórica? De entrada estaríamos frente a otro oxímoron si atendemos a Pierre Nora (1984), quien expone la oposición entre los conceptos de memoria e historia:

“Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos conciencia de que todo las opone. La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes y este título está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno que siempre actúa un lazo vivido en presente eterno; la historia, una representación del pasado. [...] La memoria tiene su raíz en lo concreto, en el espacio, en el gesto, la imagen y el objeto. La historia sólo se ata a las continuidades temporales, a las evoluciones y a las relaciones entre las cosas. La memoria es un absoluto y la historia sólo conoce lo relativo” (s. p.).

Pero necesariamente la historia necesita de la memoria, sea para confiscarla, negarla, o para dar espacio a las voces negadas. En este sentido surge la pregunta: ¿qué sería de la memoria sin la historia y de la historia sin la memoria? Podemos decir que al menos en el mundo narrado de la novela histórica estos conceptos no se oponen sino se complementan. Si la fidelidad a las fuentes le resta la vitalidad al relato histórico y la humanidad de los personajes se reduce a mera información, en el espacio discursivo de la

novela memoria e imaginación revitalizan el proceso histórico que ya no es más representado como “una continuidad temporal” sino como historia viva en la que los personajes históricos son recreados en su más profunda humanidad. Así lo expone el autor implícito de *Península, península*: “¿Qué es la novela sino un juego del que se sirven memoria e imaginación para evocar otras voces, otros tiempos, otros personajes y otras situaciones?” (Lara, 2008, p.79) En este sentido, en esta novela la función de la memoria es mantener vivo el pasado en el presente, sin otro afán que el de preservar la conciencia histórica de los personajes. José Turrisa emprende su labor de novelar la memoria individual y colectiva, una memoria viva por su proximidad a los hechos narrados y viva porque queda fijada en un presente eterno en el discurso literario:

“[...]en ella reflejaría lo que había vivido, visto y sufrido durante los años de la guerra y trataría de ordenar el caos de su existencia y el de toda esa gente que padeció con él los horrores de la revuelta. Le otorgaría voz a los que habían participado con la única conciencia de que ese era el mundo que les había tocado vivir. No tenía duda: la mejor razón para escribir era contar aquello que uno conoce o imagina para indagar sobre su propia vida como si fuera la de otros y descubrir los secretos de la gente” (Lara, 2008, p. 14).

¿Cuál es la función de la memoria en el presente de los lectores de la novela si tomamos en cuenta que ya no se trata de una memoria “viva” puesto que estamos situados 150 años después? En este sentido estaríamos hablando literalmente de una memoria histórica, es decir, el novelista contemporáneo reconstruye la memoria necesariamente a partir de la historia representada en fuentes historiográficas y mediante la imaginación la revitaliza en una dimensión simbólica.

En la realidad histórica actual, la memoria histórica no es un asunto estético sino político. De acuerdo con Pedro L. Díaz Ruiz (2010) la memoria histórica representa “el esfuerzo consciente de los grupos humanos por entroncar con su pasado, sea éste real o imaginado, valorándolo y tratándolo con especial respeto.” (s.p.) Por su parte, Pedro A. García Bilbao (2010) nos dice que la memoria histórica:

“es un recuerdo colectivo, una evocación volcada hacia el presente del valor simbólico de las acciones colectivas vividas por un pueblo en el pasado. La memoria histórica es una acción que preserva la identidad y la continuidad de un pueblo, es no olvidar lo aprendido, muchas veces con sangre, es el camino para no repetir errores pasados [...]” (s.p.)

Volviendo al texto de Hernán Lara se ha de destacar el carácter irónico de la pretendida *memoria democrática* de José Turrisa: “Le otorgaría voz a los que habían participado con la única conciencia de que ese era el mundo que les había tocado vivir.” (Lara, 2008, p. 14) ¿Quién es José Turrisa? Ya hemos mencionado que el nombre es un anagrama que usaba como pseudónimo Justo Sierra O’reilly, personaje histórico ficcionalizado como el novelista decimonónico. En la realidad histórica J.S.O. desempeñó un cuestionado papel durante la guerra de Castas. Santiago Méndez le encomendó buscar la ayuda de otros países para aplastar la rebelión indígena a cambio de la soberanía de Yucatán. En su “Diario de nuestro viaje a Estados Unidos”, publicado por Conaculta en México, en 2002, J.S.O. escribió:

“Yo siempre he tenido lástima a los pobres indios, me he dolido de su condición y más de una vez he hecho esfuerzos por mejorarla, porque se les aliviase de unas cargas que a mí me parecían muy onerosas. Pero ¡los salvajes! Brutos infames que se están cebando en sangre, en incendios y destrucción. Yo quisiera hoy que desapareciera esa raza maldita y jamás volviera aparecer entre nosotros. Lo que hemos hecho por civilizarla se ha convertido en nuestro propio daño y es ciertamente muy sensible y muy cruel tener que arrepentirse hoy de acciones que nos han parecido buenas. ¡Bárbaros! Yo los maldigo hoy por su ferocidad salvaje, por su odio fanático, por su innoble afán de exterminio.” (p.56).

Ese escritor que así se expresaba de los indios durante la guerra, irónicamente es ficcionalizado en *Península, península* como un intelectual preocupado por preservar la memoria histórica de *todos* los que vivieron la guerra. Así, en la novela se narran lo mismo las razones de los indígenas para rebelarse como el horror sufrido por los blancos en manos de aquellos. En la novela de Lara Zavala, se lleva a cabo una entrevista entre el

padre Vela y Jacinto Pat, uno de los líderes de los alzados, quien parece responder a J.S.O.:

“[...] ¿por qué esperaron hasta ahora para invocar a Dios y acordarse de que somos hermanos nacidos en una misma tierra? Ustedes han abusado de nosotros desde siempre. Nos hicieron trabajar de sol a sol y hasta que nos necesitaron fue que nos dieron armas para defender a la Península. ¿Y cómo nos pagaron? Cobrándonos más impuestos y olvidándose de lo que nos prometieron cuando les ayudamos. ¿Por qué no se acordaron del verdadero Dios cuando mandaban a nuestros hombres a la picota? Ahorcaron a Manuel Antonio Ay sin conmiseración. Quemaron el pueblo de Tepich matando a grandes y a chicos dentro de sus casas. [...] y ahora nos acusan de atacar a los blancos con la tea y el machete y nos llaman salvajes olvidando que durante siglos nos han matado de hambre, esclavitud y abusos. [...]” (Lara, 2008, p. 173).

¿Los indígenas mayas son las víctimas porque sufrieron durante siglos los abusos e injusticias de una sociedad blanca? ¿Son menos víctimas los blancos porque *solo* sufrieron durante unos meses el ataque feroz de los mayas al grado de que casi se produjo el exterminio de estos? En la concepción del novelista decimonónico todos son víctimas por una razón histórica: “ese era el mundo que les había tocado vivir”. (Lara, 2008, p. 14). El texto no *toma partido* por ningún grupo, no se construye el relato del hombre representativo ni de parte de los indígenas ni de los blancos; una conclusión posible es que si todos son víctimas, también todos son victimarios, lo que de manera simbólica expresa la condición humana y le otorga un carácter universal a la obra.

En este sentido la intencionalidad del texto la expresa el autor implícito de manera clara: “Quienes nos acercamos a la historia para ubicar novelas en un tiempo pasado no hacemos sino aprovechar otra época para reflexionar sobre el presente.” (Lara, 2008, p. 79)

A manera de conclusión

En *Península, Península* se establece un diálogo entre el discurso histórico y el literario; en el espacio discursivo también dialogan la novela histórica decimonónica y la

nueva novela histórica latinoamericana: por una parte la aspiración a la *exactitud histórica* y por otra el cuestionamiento de la novela histórica tradicional en el sentido de que no se recrean los hechos desde la perspectiva de un héroe protagonista, del hombre representativo, sino que se narran desde la perspectiva de los personajes menos “importantes” o secundarios de la novela.

Estoy consciente de que las interrogantes aquí planteadas se han quedado sin respuesta. Al menos se han quedado sin una respuesta definitiva. Lo que se ha ofrecido son posibles respuestas pues vivimos una época donde las certezas ya no tienen lugar definitivo. Lo que ayer fueron certezas hoy son incertidumbres. En este contexto que algunos pensadores designan como posmoderno, el diálogo entre la historia y la literatura es más posible que nunca. Al respecto Fernando Aínsa (1994) explica:

“Si la ficción se ha embarcado en una relectura crítica de la historia utilizando los recursos de otras disciplinas, especialmente de las ciencias sociales, la antropología y el psicoanálisis, no debe olvidarse que esta incursión problematizada de la narrativa en la historia ha sido posible porque el propio discurso historiográfico se ha relativizado y se ha abierto en las últimas décadas a una interdisciplinaridad que trasciende las fronteras del conocimiento histórico tradicional” (p. 29).

Historia y ficción presentan, de acuerdo con Hayden (2003), los hechos en “forma literaria”, en este sentido se puede decir que hay ficciones históricas y ficciones literarias. No obstante no podemos decir que se trata del mismo discurso, o que tienen la misma intencionalidad, pero sí que la interrelación entre los dos saberes los complementa, los resignifica al grado que la novela histórica se transforma de objeto puramente estético en un *lugar de memoria*. Así, nos apropiamos de las palabras de Pierre Nora (1984):

“La memoria conoció sólo dos formas de legitimidad: histórica o literaria. Se ejercieron paralelamente, pero hasta ahora separadamente. Hoy la frontera se esfuma y sobre la muerte casi simultánea de la historia-memoria y de la memoria-ficción, nace un tipo de historia que debe a su relación nueva con el pasado, otro pasado, su prestigio

y su legitimidad” (s. p.).

El discurso histórico y el literario convergen en una interdiscursividad en el espacio textual de la nueva novela histórica; *Península, península* no aspira a establecer *verdades históricas* o *exactitudes históricas* hegemónicas, sino, a mi juicio, pretende revitalizar la memoria histórica y que los lectores, de acuerdo con su *locus* de recepción, saquen sus propias conclusiones.

Bibliografía

Aínsa, F. (1994). Nueva novela histórica y relativización transdisciplinaria del saber histórico. *América: Cahiers du CRICCAL*, 2(14), 25-39. doi: 10.3406/ameri.1994.1148

Díaz Ruiz, P. L. (2010). La memoria histórica. *Revista Digital Sociedad de la Información*. (19). Recuperado de www.sociedadelainformacion.com

García-Bilbao, P. A. (2010). Sobre el concepto de memoria histórica. *Sociología crítica. Documentos de Trabajo*. Recuperado de <https://dedona.files.wordpress.com/2010/01/scwp-05-garcia-bilbao.pdf>

Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, España: Paidós.

Lara Zavala, H. (2008). *Península, península*. México: Alfaguara.

- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*. México: F.C.E.
- Nora, P. (1984). Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares. *Les Lieux de Mémoire; 1: La République* (pp. XVII-XLII). París: Gallimard. Recuperado de www.cholonautas.edu.pe
- Pons, M. C. (1996). *Memorias del olvido, Del Paso, García Márquez, Saer, y la novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI.
- Sierra O'Reilly, J. (2002). Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos. *La Guerra de Castas, testimonios de Justo Sierra O'Reilly y Juan Suárez Navarro*. México: Conaculta.
- Suárez Turriza, T. (2013). *Península, península; el Yucatán del siglo XIX en la memoria del novelista contemporáneo*. *Revista Literatura Mexicana*, 34(1), 111-129.
- White, H. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona, España: Paidós.